

faltaba el elemento literario, político y filósofo que es lo que constituía el fondo de las conversaciones del público. Algunas veces también, en ese tiempo de agitación moral que la secta de los filósofos mantenían hábilmente, un hombre prudente no entraba en un café más que para refrescar, aventurándose apenas á cambiar algunas palabras con sus vecinos, pues los espías se emboscaban preferentemente en los cafés. Mas de una vez el teniente de policía mandó llamar á Diderot y le dirigió severas reprensiones, á causa de las discusiones que había sostenido en alta voz en tal ó cual café de París.

Es en un café en donde Voltaire pone en escena á Freron, bajo el nombre de *Frelon*, «escritor de pliegos» personaje de la comedia de *La escocesa*, que hizo representar en 1760, por la compañía de la Comedia francesa. El teatro representaba un café de Londres, en el cual se reconoció el café Procopio; Frelon, sentado junto á una mesa en la que había un escritorio y café, leía la *Gaceta*: «¡Empleos para hombres de letras y para mí nada! Sin embargo, yo presto servicio al Estado, yo escribo más hojas que quien quiera que sea, yo hago encarecer el papel... ¡y á mí nada! Quisiera vengarme de todos aquellos á quienes se atribuye mérito. Ya gano algo con dedicarme á decir mal: y si consigo causarlo mi fortuna está hecha. ¡He alabado á los tontos, he denigrado los talentos, y apenas tengo de qué vivir!» Luégo, cuando se le pregunta por el empleo que tiene en la casa que habita, responde: «No soy de la casa, paso mi vida en el café, compongo folletos, hojas, y sirvo á las gentes honradas. Si tenéis á algún amigo de quien decir mal, algún autor á quien proteger ó desacreditar, sólo vale esto una pistola por párrafo.»

Voltaire que, en esta comedia aristofanesca de *La escocesa*, se había permitido, contra un hombre de letras estimable, sino estimado, el ultraje más directo y más expresivo que el teatro hubiese autorizado hasta entonces, se venga también de las críticas siempre justas y moderadas que Freron había hecho de sus obras en diarios literarios que redactaba hacía ya diez años, con un incontestable talento. Jamás autor no fué más sensible que Voltaire á la crítica de los diarios: «Una palabra de sus adversarios le ponía en lo que se llama la desesperación, dice la señora de Graffigny en la relación de *seis meses en Circey*. Es la única cosa que le ocupa, que le sume en la amargura.» Antes de llegar al colmo por la incesante crítica de Freron, había inútilmente ensayado imponer silencio á la crítica del abate Desfontaines. Esos dos maestros de la crítica, infle-

xibles é infatigables en su tarea cotidiana de árbitros del gusto y de desfacedores de entuertos de la literatura, emponzoñaron la vida de Voltaire durante más de cuarenta años, cambiando á menudo sus laureles en espinas. Sucediéronse unos á otros en esta tarea, y parecían haberse agarrado, lo mismo que dos Euménidas inexorables, á su orgullo para castigarlo. Freron, había dicho, en 1752, en sus *Lettres sur quelques écrits du temps*, que se sentía inclinado á favor de los talentos de ese prodigioso escritor, y á hacerle gracia «de los extravíos de su espíritu y de los vicios de su corazón.»

Los primeros diarios literarios, imitados de los que Bayle y Leclerc habían creado en Holanda, no tenían otro objeto «que apropiarse en cierto modo, según la expresión de Moncrif, los escritos nuevos, á medida que se publicaban, y con tal arte, que á menudo ganaban con ello los autores por la manera moderada y clara con que estaban expuestas y compensadas las bellezas y defectos de las obras.» Pero las gacetas literarias ó diarios de crítica que aparecieron en Francia por 1723, y cuya invención pertenece sobre todo al abate Desfontaines, reemplazaban de ordinario el análisis metódico del libro nuevo, por un juicio razonado sobre las cualidades y defectos de la obra; ese juicio, por imparcial que fuera, iba acompañado de observaciones críticas, en las cuales la personalidad del autor se encontraba á menudo en causa, y más ó menos era alcanzada por la severidad ó malevolencia del periodista.

Las alabanzas dirigidas á los autores eran, pues, sobrias y raras en los diarios de críticos redactados por Desfontaines, de concierto con algunos literatos de mérito, tales como los abates Granet, de Estrées y de la Porte. «Se puede decir que Desfontaines, para servirnos de las expresiones del abate de la Porte, uno de sus más hábiles discípulos, fué el creador de ese régimen de crítica, desconocido antes de él, y que no tiene ni la fría sequedad del análisis ni esta fastidiosa erudición sembrada sin acierto y á todo propósito.» Publicó uno tras otro *El novelliste du Parnasse*,—1730 á 1732;—las *Observaciones sobre los escritos modernos*,—1735 á 1743;—*Juicios sobre algunas obras nuevas*,—1745 á 1754.—Sobre todo criticaba las obras de Voltaire, las teatrales, con tanta finura y tanta malicia, que Voltaire le declaró una guerra implacable persiguiéndole sin paz ni tregua, con una injusticia tanto más atroz cuanto que había tenido ocasión de serle útil, cuando este abate fué encarcelado en Bicêtre, á consecuencia de una denuncia calumniosa. Desfontaines fué tal vez ingrato cuando compuso la *Voltairemania*, para

responder á los ataques de Voltaire, que le alababa con sus injurias y sólo procuraba deshonrarle. Fué con ocasión de ese libro injurioso mejor que difamatorio, cuando Desfontaines llamado á la presencia del conde de Argenson, que le amenazó con suprimir los periódicos literarios, respondió con indignación: «¡Sin embargo, monseñor, es necesario que yo viva!—No veo de ello la necesidad, le respondió el ministro.» Desfontaines era uno de esos críticos á quienes llamaba Voltaire *la canalla de la literatura*: «¡Viven de folletos y de crímenes!» decía, haciendo alusión á la respuesta fiera y tierna que el desgraciado periodista había dado al conde de Argenson. El hermano mayor de éste, que fué ministro de negocios extranjeros, se había dejado arrastrar también á esta liga odiosa que Voltaire había tenido la habilidad de formar contra los críticos que no admiraban ciegamente sus obras.

Quien quiera que fuera que no admirase las obras de Voltaire, era para éste su enemigo, una simple crítica, por moderada que fuera, era para él un fermento de odios y un motivo de venganza. Cuando J. J. Rousseau alcanzó de pronto en Europa una reputación que tenía de que dar celos á Voltaire, comenzaron sus relaciones á embrollarse á consecuencia de una carta que el filósofo de Ginebra había escrito al de Ferney, al ofrecerle *La nueva Eloísa*: «Dais en vuestra casa espectáculos,—le decía,—corrompéis las costumbres de mi república, ¡este es el precio que dais por el asilo que os ha concedido!» Voltaire que no sufría la menor crítica, se dejó llevar de su temperamento y escribió en seguida á su amigo Damilaville: «¡Qué un Juan Jacobo, que un criado de Diógenes, que ese truhán, tenga la insolencia de escribirme que corrompo las costumbres de su patria! ¡Truhán! ¡truhán! ¡si viene por ahí le haré meter en un tonel, con la mitad de una capa sobre su pequeño y feo cuerpo!» Hé aquí encendida la guerra, guerra interminable, entre esos dos orgullosos filósofos. Voltaire no perdonaba ni una buena salida. Fontanelle, octogenario, había dicho, en un salón, á propósito de la tragedia *Mélope*, que la Dumesnil había representado admirablemente: «Las representaciones de la obra han hecho mucho honor á M. de Voltaire, y la impresión á mademoiselle Dumesnil.» Voltaire que siempre había demostrado estima y deferencia por el viejo sabio, le guardó por esto rencor que al cabo pudo descargar sobre su memoria. La Beaumelle habíase atrevido á corregir algunos versos de *La Enriada* y reponer en su lugar algunos hechos erróneos relativos al reinado del *Siglo de Luis XIV*; Voltaire le persiguió toda su

vida como un malhechor, insultándole, difamándole y procurándole perder. Si respetó, si por lo menos no atacó á Palissot, que tuvo valor para atacar cara á cara á los filósofos, no sólo en un folleto, sino en una comedia en la que los presentó para azotarlos á vista del público, es que Palissot no se había expuesto á atacarlos nominalmente, dándole además el gusto de ver á sus rivales y colegas puestos en el pilosi en el teatro. Pero era contra los periodistas literarios que se atrevían á criticarle ó á discutirle, contra quienes se había reservado Voltaire todos los odios, todas las injurias, todas sus venganzas. Sobre todo fué implacable con Freron, de quien hizo suprimir varias veces los periódicos, sin poder suprimir el redactor á quien denunciaba y calumniaba sin cesar. «¿Por qué se permite,—escribía al conde de Argental, en 1749,—que ese tunante de Freron, reemplace á ese pillo de Desfontaines? ¿Por qué sufrir á Raffat, después de Cartouche? ¿Es que está lleno Bicêtre?»

Fron en sus *Cartas de la condesa****,—1745,— en sus *Cartas sobre algunos escritos de ese tiempo*,—1749 á 1754,— y sobre todo en el *Año literario*,—1754,—que redactó casi sólo hasta su fallecimiento,—1776,—da un modelo acabado de crítica literaria. Voltaire mismo vióse obligado á reconocerlo en diversas ocasiones. Tanto, que á un caballero de la corte de Turín, le designó á Freron como el hombre más capaz de juzgar bien una obra literaria, y como aquél se mostrara sorprendido, Voltaire le respondió: — «Por mi fe, es el único hombre que tiene gusto, he de confesarlo, aún cuando no le quiera y tenga buenas razones para detestarlo.» Pero Voltaire, que no se picaba mucho de justo y consecuente, decía con mejor voluntad: «No basta con poner en ridículo á Freron, aplastarlo sería mi placer mayor.» Freron fué, ciertamente, el mejor crítico del siglo XVIII: «Mucho ingenio natural, jovialidad, gusto seguro y talento en presentar los defectos de una obra con gracia, adhesión á los antiguos principios, celo contra la falsa filosofía, afectación y neologismo, tales fueron las cualidades de ese temible periodista.» Este juicio emitido por el abate Chaudon, es de mucho posterior á las ruidosas querellas de Voltaire con Freron; pero en vida de Voltaire y en la época misma de su gloria más esplendente, la Dixmerie hacía en estos términos el elogio de Freron y de Desfontaines, en su obra titulada: *Las dos edades del gusto y del genio francés*: «El abate Desfontaines fué el inventor de esta forma de periódico, y sus hojas, son, en cierto modo, el modelo del género. Es instruido, escribe con pureza y discute con saga-

ciudad. Su sucesor, M. Freron, le iguala en esta parte y le aventaja en muchas otras. No se puede escribir con más gusto, delicadeza y destreza. Los dardos que lanza son casi siempre rayos imprevistos, y los autores mismos sobre quienes caen se divertirían si jamás autor atacado pudiera sufrir la broma.»

Los autores del siglo XVIII no entendían de bromas, en efecto, en materia de crítica de sus obras. Moncrif, en su tratado de *El espíritu crítico*, sostenía que hay poco mérito en criticar y que á menudo hay injusticia, y casi siempre inutilidad en la crítica: «Se considera como una broma admitida los dardos

que se lanzan sin reflexión contra un escritor que ha merecido bien del público. Sin embargo, sabido es cuál es su importancia; un hombre para llegar á esta deseable consideración ó para conservarla, no tiene mas que su talento de escritor; sus obras son su tierra, su casa, su fortuna, en fin, todo lo que sirve á los otros hombres para representar con ventaja en la sociedad, y hasta se verán gentes que hacen profesión de virtud trabajar para derribar todo esto con una crítica á menudo tan amarga como poco ilustrada, sin dejar por esto de creerse los más equitativos. «Montesquieu, á quien los periodistas habían tratado mejor que á Voltaire, es verdad,



Teatro des Varietes amusantes, en 1785, luego teatro Francés, desde 1792

pero quien también les trataba con mayor miramiento, decía en su *Defensa del espíritu de las leyes*: «Permitido es criticar las obras que se dan al público, porque sería ridículo que los que han querido ilustrar á los otros no quisieran ser ilustrados á su vez. Los que nos advierten son los compañeros de nuestros trabajos. Si la crítica y el autor buscan la verdad, tienen entrambos el mismo interés, pues la verdad es el lazo que une á todos los hombres; serán confederados pero no enemigos.» Sea de ello lo que quiera, los diarios de crítica literaria, durante el reinado de Luís XV, tenían más lectores y más ecos que las gacetas políticas.

El *Mercurio de Francia*, por lo menos, recordaba que durante cincuenta años había sido el *Mercurio galante*, de Donneau de Viré, y fiel á esas tradiciones de literatura inofensiva y anodina, Dufresny, el sucesor del viejo de Viré en 1710, había dado á esa colección que llamaba el *guarda mueble del Parnaso*, una nueva existencia y una nueva boga, haciendo brillar su encantador espíritu, pero se cansó

muy pronto de ser periodista y transfirió su privilegio, por una pensión módica á Lefèvre de Fontenay; éste en 1716 se vió privado de su diario por decreto del Consejo, á causa «de deslizar en *El Mercurio* cosas escandalosas y hasta injuriosas para la reputación de varias personas.» La lección no aprovechó, á lo que parece, pues, el abate Buchet, que obtuvo el privilegio para hacerlo reaparecer con el título del *Nuevo Mercurio*, 1721, puso el privilegio en manos de sus tres socios, Dufresny, la Roque y Fuzilier, y ya el diario no se llamaba mas que *El Mercurio*, y la redacción se abrió á todo el que quisiera escribir en verso ó prosa. Decían los tres asociados:—«Nosotros consideramos *El Mercurio* como un circo que estamos obligados á abrir sin preferencia á los atletas ingeniosos que procuran distinguirse en los combates literarios. Así nos limitaremos á ser los testigos de sus hazañas, jamás seremos sus jueces. *El Mercurio* ha de ser siempre neutral y no ha de entrar jamás en los cabildeos de la cábala.» Tenía entonces *El Mercurio*

el honor de ser leído por el rey, y tres años después, en 1724, se convertía en el *Mercurio de Francia*. De esta fecha y transformación data su prodigioso éxito; penetró en las familias, pasó por todas las manos, y cada uno podía decirse á su vez redactor de ese diario, que de todos lados recibía multitud de comunicaciones literarias, históricas, poéticas y genealógicas. La variedad de las materias que contenía no contribuyó poco á aumentar el número de sus abonados y de sus lectores. A contar de esta época la dirección de *El Mercurio* se convirtió en un puesto lucrativo que el gobierno confiaba á sus favoritos, y los beneficios de la empresa eran tan

considerables que servían para pagar una veintena de pensiones literarias. «El *Mercurio de Francia*, escribía Grimm en su Correspondencia dirigida al duque de Sajonia-Gotha, es hoy día una empresa tipográfica cuyo producto pertenece al departamento del ministro de París. La mayor parte está afectada á pensiones; el resto se distribuye anualmente en gratificaciones á los jóvenes literatos que trabajan en ese diario.» Bajo el ministerio del duque de Choiseul, el librero Lacombe obtuvo el privilegio del *Mercurio de Francia*, pero dobló las cargas, pues se comprometió á pagar todos los años una cantidad de treinta y cinco mil libras para el servicio de pen-



Boulevard del Temple, antiguo teatro de los alumnos de la Opera, 1789, luego teatro des Varietés amusantes, incendiado en 1798

siones. Al cabo de diez años, Lacombe quebraba. Otro librero, Carlos José Pankoucke que ya era propietario del *Diario político de Bruselas*, del *Diario francés*, del *Diario de las damas*, y del *Diario de los espectáculos*, y de cinco ó seis más pequeños periódicos literarios, obtuvo por la intercesión de poderosos amigos, el privilegio ó mejor, la autorización para publicar el *Mercurio de Francia*, año de 1777, que se jactaba de rejuvenecer y regenerar. Los redactores ordinarios eran la Bruère, el abate Raynal, Laus de Boissy, Marmontel que publicaba sus *Cuentas morales*, y Suard que tenía vara alta sobre la crítica. El *Mercurio de Francia* había llegado á su más alto grado de prosperidad; tenía derecho á admitir alguna vez artículos políticos, bastante insignificantes y siempre incoloros, pero, no dejaban jamás de insertar en cada número el enigma y el logogrifo que hacían las delicias de los provinciales. «En cuanto á la parte política, decía Mercier en 1788, está bajo la mano absoluta del

ministro; los hechos y las ideas se determinan por adelantado en París. Es la parte política la que sostiene la parte literaria.»

Pero, ya desde este tiempo, tenía el *Mercurio de Francia* que sostener una terrible competencia: mientras no se publicaba mas que cada ocho días, por cuadernos de cincuenta á sesenta páginas en dozavo, el *Journal de Paris*, el primer diario francés fundado á imitación de la gaceta de Londres, *London evening Post*, aparecía diariamente desde 1.º de Enero de 1777, tamaño en 4.º á dos columnas y cuatro páginas de texto. Corancey, d'Ussieux y Cadet habían obtenido un privilegio para la publicación cotidiana de su diario, que no debía ocuparse de política. Voltaire, que tocaba al término de su larga vida literaria, había saludado el nacimiento de esta obra escribiendo á los fundadores. «El plan de vuestro diario me parece tan sabio como curioso... No dudo que tendrá mucho éxito. Contadme desde ahora entre vuestros suscritores.»

Multitud de personas siguieron el ejemplo de Voltaire, enviando su suscripción de veinticuatro libras por París y de treinta y una libras cuatro sueldos en provincias. El tamaño de ese diario parecía de masiado exiguo para poder contener todo lo que prometía á sus abonados, que debían encontrar en él las producciones ligeras del espíritu, tales como madrigales, logogrifos, canciones, poesías ligeras, agudezas y anécdotas, anuncios de libros nuevos, modas, el repertorio de los espectáculos, y «la relación de todas las acciones virtuosas en todos los géneros,» el precio de los forrajes y de los comestibles, las observaciones metereológicas del día, etc. Ciertamente, para llenar este programa se necesitaban tres ó cuatro hojas en 4.º de impresión. Solo hasta más tarde, no recibió el *Diario de París* el indispensable desenvolvimiento que aseguró á sus tres fundadores un beneficio anual de cien mil libras. Era también el punto de mira de los ataques de todos los diarios privilegiados, que consiguieron hacerle suspender dos ó tres veces, pero no hacerle suprimir. Los redactores tuvieron necesidad de toda su habilidad y de toda su prudencia para resistir esta guerra sorda y desleal, que dirigía con mucha perfidia el abate Aubert, redactor de los *Petites-Affiches*. Los autores del *Journal de Paris* no resistieron á tantos enemigos interesados, sino absteniéndose de toda alusión política, soltando sólo la brida á la crítica literaria. La convocación de los Estados generales cambió tan sólo el carácter del diario, y le permitió inaugurar en Francia la prensa política.

Los diarios literarios, de los que el abate Prevost había creado el primer tipo en su encantadora revista *El pro y el contra*,—1733-1740,—no tuvieron nunca más que una carrera restringida y poco productiva, y el mismo Marivaux había fracasado en una empresa análoga. Sin embargo, el *Journal des Dames*, que principió madame de Misonneuve y continuó Dorat,—1759-1778;—fué, durante más de veinte años, la graciosa tribuna de la literatura ligera. Otros periódicos, más serios, más instructivos, tuvieron destinos menos brillantes, pero más duraderos; el *Journal encyclopédique*, que Pedro Rousseau imprimía en Lieja y cuyos principales redactores estaban en Francia, continuó, sin interrupción, de 1756 á 1780, y *L'Esprit des Journaux*, que vió la luz en 1772 y se imprimía en la misma ciudad de Lieja, vivió más que el siglo que le vió nacer. Las prensas extranjeras eran más libres que las de Francia, y sus diarios, literarios ó políticos, llamaban mucho más la curiosidad. *El observador litera-*

rio, del abate de la Porte, escrito con tanta mesura y gusto, solo pudo vivir tres años,—1758-1761,—en París, y el *Conservador*, de Bruix y Turben, uno de los mejores periódicos de literatura retrospectiva, murió al poco tiempo, en medio de la indiferencia del público.

A partir de mediados del siglo XVIII, el periodismo no político se multiplicó bajo todas las formas, y cada categoría de conocimientos humanos está representada por un diario particular ó por diferentes diarios. Los había para la teología, para la medicina, para el comercio, para la industria, para las artes, para la jurisprudencia, hasta hubo una *Gaceta de los comestibles*. Clément, en sus *Cinco años literarios*, que publicó en la Haya,—1748-1752,—Lebrun, en *La Fama literaria*, que se imprimía en París,—1762-1763,—seguían de lejos, pero sin brillo, los errores de Freron. La cantidad de libros y de folletos que la librería francesa daba á luz, hacía necesaria la creación de diarios bibliográficos; los *Anales tipográficos*,—1758-1762,—fueron acompañados del *Catálogo hebdomadario de los libros nuevos*,—1764-1779. Las *Nouvelles á la main* no habían muerto con madame Doublet y Bachaumont; Pidausat de Mairobert y Monfre de Angerville las habían tomado por su cuenta, con más reserva y circunspección; pero como no se encontraba en sus páginas la malicia y la indiscreción que son la esencia de ese género de periódico clandestino. Imbert, Metra y otros folicularios hicieron imprimir en el extranjero lo que ellos no hubiesen osado en modo alguno publicar en las gacetas manuscritas, y de esta suerte reaparecieron los grandes días de los repartidores con la *Correspondencia secreta*, de Neuwied. Los soberanos y los príncipes extranjeros no se contentaban con esta fuente de informes satíricos, así tenían á su sueldo escritores de grande talento, quienes, como Grim, Diderot, la Harpe, etcétera, no desdeñaban escribir correspondencias literarias y críticas para entretenimiento de las cortes de Alemania y Rusia.

Más aún cuando se tomaba interés por las cosas de la ciencia, de la literatura y del arte, las ideas filosóficas y políticas, que los enciclopedistas habían difundido, necesitaban ya difundirse por la vía del periodismo. Ya nadie se contentaba con ir á leer, mediante algunos sueldos, á la puerta de las Tullerías ó en los Jardines del Palais-Royal y del Luxemburgo, las gacetas de Holanda, de Utrecht, de Colonia, de Aviñon, de Berna y de Francfort, todas escritas en francés y por franceses refugiados; requería tener ya en París una prensa política, de

la que la *Gaceta de Francia* no era más que un pálido é imperfecto simulacro. El *Correo de Europa*, redactado en Londres por Thevenot de Morande y el marqués de Pelleport, no llegaba fácilmente á Francia. Linguet, el impetuoso y audaz Linguet, fué el iniciador de esta prensa política, que no se mantuvo por mucho tiempo envuelta en las nubes de la teoría general; al *Journal de politique et de littérature*,—1774-1778,—sucedieron los *Anales políticos*,—1778-1780,—que fué á redactar á Londres. Una orden de prisión que tuvo la imprudencia de venir á desafiar en París, le llevó por dos años á la Bastilla, pero ya no había por qué hablar de orden público y de gobierno monárquico. La escuela de J. J. Rousseau había engendrado una raza ardiente de periodistas impaciente por caer sobre el cuerpo social para devorarlo ó envenenarlo, y en la misma hora en que se tocaba á arrebato, en 1789, para anunciar la toma de la Bastilla, Marat, el execrable Marat, se disponía para lanzar el primer número del *Amigo del pueblo*.

Lo que fué la prensa política durante la Revolución, lo hemos dicho en su lugar y no podemos repetirlo. No podíamos dejar para este sitio hablar de ella y de su influencia, cuando todos los grandes hombres de la Revolución fueron más ó menos periodistas. Los excesos de la prensa de esta época habían de correr forzosamente parejas con los de la política, y durante la época del Terror, llegó á su paroxismo el lenguaje brutal y el desenfreno de una prensa que no pedía más que sangre. Por pedir clemencia en su diario, Camilo Desmoulins, vertió toda la suya en la Plaza de la Concordia.

Después de la caída de Robespierre, y cuando se hubieron calmado los furios de los que habían triunfado, pues durante cierto tiempo, fueron para los vencidos tan carniceros como era la prensa robespierrista en sus días, la prensa de la situación se hizo pacífica y templada entrando por vías más dulces que las que hasta aquí había recorrido la Revolución. Pero como las luchas políticas se fueron poco á poco enardeciendo, aún cuando fueron ahora más miserables los móviles de ellas, la prensa política sin volver á ser lo que había sido, entró de nuevo por el campo de la difamación, no salvándose de ella reputación alguna. Estamos en la época del Directorio y éste, como sabemos, dió más que pié para el escándalo.

Una nueva etapa señaló el golpe de Estado del

18 fructidor, verdadero San Bartolomé para la prensa, pues fueron deportados nada menos que cuarenta y tres periodistas. Si en esto intervino el joven Bonaparte, cuya celebridad data de este día, no hizo más que adelantar una prueba de lo que haría con la prensa el día que pudiera apoderarse del gobierno de su patria, y como esto logró el primer Cónsul, Bonaparte abrió el siglo XIX, el siglo de la prensa, con el decreto de 17 de Enero del año 1800 que suprimió ó poco menos la prensa política de París dejándola reducida tan sólo á trece diarios, y como aún así y todo resultaran muchos, ya emperador, para evitar disonancias y genialidades todavía redujo á cuatro el número de diarios políticos, es decir, pudiendo dar noticias políticas, que podían publicarse en París.—Decreto de 17 de Setiembre de 1807.—La prensa política, pues, apenas existió después del 18 fructidor. Durante el imperio á pesar de la presencia de *El Monitor*, del *Diario del Imperio*, de la *Gaceta de Francia* y del *Diario de París*, puede decirse que la prensa política no existía, ya que sólo podían hablar los imperialistas y aún esto en la forma y modo como ya hemos visto que eran redactados los diarios napoleónicos. La prensa no reapareció sino con la abdicación de Napoleón. La restauración, como veremos, no pudo tratarla como la había tratado el déspota emperador de todos los franceses.

Los diarios literarios del antiguo régimen ya hemos visto como se fueron comprometiendo con la Revolución, y todos pesaron en la política. El mismo *Mercurio de Francia* dió en ella con la misma mala suerte que los demás, y en el año VIII desapareció. Reapareció á poco como hoja literaria, pero no pudo sostenerse y después de algunos meses volvió de nuevo á la tumba, para renacer luego gracias á retirarse *La Década* que desde el año II venían publicando J. B. Say, Amaury Duval, Guinguene y otros, y no sin éxito, y en cuyas páginas se trataron con gran elevación de miras y talento las más complicadas cuestiones de la época con criterio muy liberal, pero el *Mercurio de Francia* debía desaparecer con el hombre que termina el antiguo régimen que tanta celebridad le había dado. Resucitado en 1801, *El Mercurio* desaparecía para siempre en 1814.

De toda la prensa literaria del antiguo régimen solo el *Journal des Savants* continuó haciendo su camino. Organó de las Academias ha podido vivir tranquilamente sin que hoy día sienta su vejez.

Hablar de los muchos diarios literarios y satíricos que hacían política por alusiones, sería fatigoso. Na-